

LIBROS

VISIÓN CRÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS

DAVID RIESMAN, *Abundancia ¿para qué?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 442 pp.

¿Qué piensa usted de los Estados Unidos? ¿Qué es el defensor del mundo libre, el campeón de la libre empresa y, por ende, de la libertad individual, el país que por su sistema político democrático, por su economía capitalista y su organización social ha alcanzado un desarrollo que el resto del mundo le envidia, que mediante los millones de dólares otorgados como ayuda a pueblos de menos desarrollo y fortuna cumple una labor humanitaria, que su técnica es la más avanzada y sus productos los mejores, que el nivel de vida es tan alto que todo ciudadano norteamericano puede permitirse como algo normal lo que en otros países es un lujo, como son automóvil, refrigerador, televisión y vacaciones anuales en Europa? ¿O bien considera que es un país imperialista, racista, esclavo del capital, en que los hombres no son más que engranes enajenados dentro de la maquinaria de la producción, sometidos a las decisiones de la oligarquía de trusts y monopolios, obligados a ingerir la cultura de la publicidad y de los muñequitos, un país en que la democracia no es más que un slogan, que persigue el dominio absoluto del globo terrestre a través del control del mercado, aunque para ello tenga que emplear armas nucleares e intervenir en otros países con guerras abiertas o solapadas? Una de las dos imágenes trazadas algo burdamente en estas preguntas suele predominar en millones de personas fuera de los Estados Unidos; y como todo cliché, algo tienen de verdad y algo de mentira. Pues no se puede delimitar el carácter, la actitud, la política, la cultura, el sentimiento de un pueblo formado por 180 millones de seres humanos por el sencillo hecho de que no existe el carácter, la actitud, la política, la cultura, el sentimiento; tan diversificada como es la producción económica lo es también estos "rasgos nacionales". La generalización, ya dé un cuadro positivo o uno negativo, ofrece siempre una imagen equivocada, por simplificada, unilateral y parcial.

Cierto que los Estados Unidos son el país más rico del orbe, pero aún hay pobreza en él; cierto que la política, exterior e interior, no es siempre acertada, pero no hay que olvidar a los millones de inconformes que se oponen a ella activa o pasivamente; cierto que el trabajo es enajenante debido a la casi total industrialización basada en producir no para sí, sino para el capital, pero no menos cierto es que el norteamericano es el que más tiempo de ocio tiene para cul-

tivarse a sí y cultivar sus aficiones, que es un país con universidades y tecnológicos en que se cultivan en el más alto nivel las ciencias y las humanidades; y así podríamos hablar de todos los fenómenos sociales norteamericanos. Hay ya una literatura amplia para quienes intentan comprender, sin prejuizar, los problemas del vecino país; baste citar obras como las de Pachard, Wrigth Mills, Fromm, Harrington, Whyte, aparecidas en los últimos años en traducción española. Y ahora ve la luz otro libro sobre cuestiones similares, *Abundancia ¿para qué?*, en que el autor, con la colaboración de otros sociólogos, reúne una serie de ensayos que plantean e ilustran varios de los problemas que afrontan los Estados Unidos en el momento de actual prosperidad, ensayos que ratifican una vez más que todo gran complejo humano-social tiene muchas y diversas facetas.

La carrera entre producción y consumo es uno de los temas tratados; se analiza lo que el ciudadano medio debe ir comprando para estar al nivel material en que se supone (este "se" equivale a la industria a través de la publicidad, y a la "conciencia de situación" creada como segunda naturaleza del norteamericano medio) debe estar; este problema se ejemplifica con el ensayo "El automóvil en los Estados Unidos": el bien material no es ya sólo prueba de tal o cual capacidad adquisitiva (como lo es en la América española, por ejemplo), sino del status social del individuo. En la producción de coches no son ya primordiales los adelantos técnicos para lograr mayor confiabilidad, seguridad, comodidad y velocidad, sino los detalles especiales y ornamentales y la marca de fábrica. Cosa parecida sucede con el extenso movimiento demográfico centrífugo; tras decenios de concentración de la población en las grandes ciudades (como aún hoy sucede, también, en México y otros países americanos), se produce ahora una migración de la urbe a los suburbios (y no al campo, conste, por lo que el fenómeno no

es totalmente inverso), con lo que se crean toda una serie de problemas nuevos, desde problemas técnicos (transportes, comercio) y culturales (escuelas, diversiones, museos, conciertos), hasta otros de carácter francamente social: tal suburbio es de categoría inferior a tal otro.

Esta nueva civilización suburbana constituye uno de los más recientes fenómenos norteamericanos, dignos de estudiarse porque en el lapso más o menos breve habrá un fenómeno paralelo en los países hoy menos desarrollados (y ya en la ciudad de México comienza a perfilarse con la creación de Ciudad Satélite). El suburbanismo norteamericano presenta rasgos positivos al lado de otros negativos; así si bien se percibe una mengua en el interés por el acontecer mundial y nacional en gran escala, el relativo aislamiento en que se hallan los "suburbanitas" fomenta un espíritu de cooperación y solidaridad local que en las grandes ciudades se ha perdido por completo.

Varios ensayos de la obra se dedican a la relación entre el trabajo y el ocio; resulta revelador que cuanto más interesante y variado

es el trabajo de una persona, tanto menos es el tiempo de ocio de que dispone, mientras que un trabajo de menor responsabilidad, pero más monótono (como el de oficinista u obrero) ofrece más horas libres, con las que muchos no hallan qué hacer, por lo que buscan un trabajo adicional aunque económicamente no les sea imprescindible. La creación de una guía organizada para las horas y los días de ocio es una de las ideas más positivas y originales de Riesman. Por otra parte, los planes que para su propio futuro tienen los jóvenes estudiantes manifiestan una actitud tan variada y en el fondo humana, optimista y constructiva que Riesman concluye su libro pensando que los sin duda graves problemas de su país son superables gracias al espíritu de la nueva generación. Como dice el autor, *Abundancia ¿para qué?* complicará la imagen que de los Estados Unidos tiene la gente de tantos países; pero es justamente lo que quiere: complicar, enriquecer, hacer más objetiva y humana esa visión más o menos esquemática. Y lo logra.

JASMIN REUTER

EJEMPLO DE AMÉRICA

JOSÉ LUIS ROMERO, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo xx*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

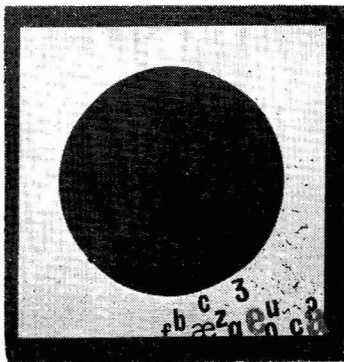
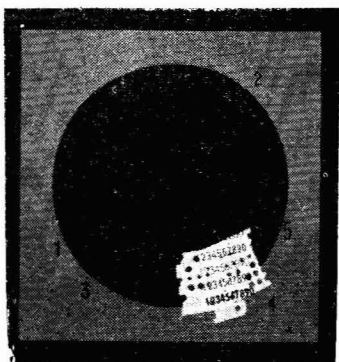
El libro prolonga una serie de publicaciones aparecidas con el pie editorial del Fondo de Cultura Económica, destinadas a estudiar el desarrollo de las ideas contemporáneas en la América Latina. Resulta importante porque por primera vez se pone al alcance del público mexicano e hispanoamericano un panorama de la cultura contemporánea del país que durante mucho tiempo estuvo a la cabeza de nuestro continente, o al menos de la porción que es nuestra.

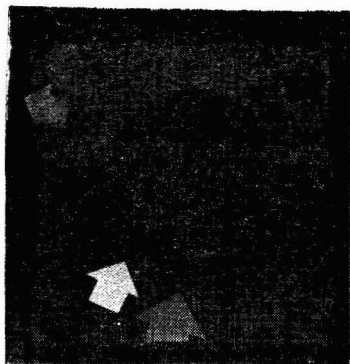
José Luis Romero se propone en este "ensayo", que así lo llama él, dejar de lado el fastidioso y poco riguroso método de presentar "una mera yuxtaposición de historias parciales, de innumerables campos de reflexión". Trata, pues, de presentar un panorama unitario, orgánico en el que las ideas tienen dueños y orígenes concretos: "Mi objetivo ha sido esbozar un cuadro de conjunto en el que se muevan las corrientes de ideas y de opiniones a través de los grupos sociales que las han expresado, defendido

o rechazado, para descubrir cómo han obrado sobre las formas de vida colectiva, cómo operaron a través de grupos —mayoritarios o minoritarios— según el diverso grado de vigencia que alcanzaron, cómo inspiraron ciertas formas de comportamiento social o, en fin, cómo expresaron los contenidos de ciertas actitudes espontáneas" (p.7).

Congruente con este propósito, los capítulos de su libro no se dividen en terrenos culturales o algo parecido sino, concretamente, por generaciones. Y, ostensiblemente, estas generaciones son definidas, en primer término, en función de la política.

La primera generación analizada es la que llegó al poder en 1880; esa generación fue la que puso en práctica los principios políticos de hombres como Alberdi y Sarmiento. A ella le tocó realizar lo que tales próceres habían entendido por "civilización"; le tocó construir lo que bien podríamos llamar la *Argentina mítica*, la "dehesa de Europa", de riquezas fabulosas; la tierra prometida de la emigración europea, los Estados Unidos de la América del Sur, como lo habían deseado Alberdi y Sarmiento. Romero hace notar cómo, para esta generación, gobernar fue sinónimo de europeizar, de establecer el laicismo, impulsar el auge positivista y rechazar toda la tradición hispánica colonial o criolla. Ella es la que abre un hiato profundo entre la culta Buenos Aires y la campaña gaucha y promueve una polémica, prolongada hasta nuestros días, pa-





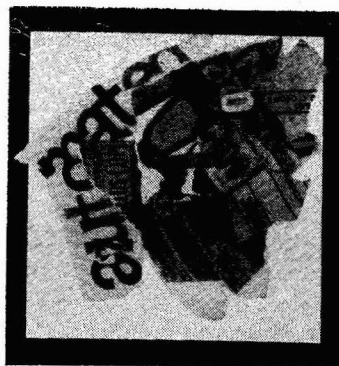
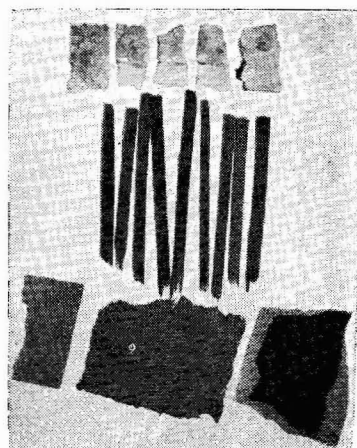
ra averiguar en cuál de las dos partes se encuentra la verdadera nación argentina. El legado de esta generación del 80 es claro: "El país perdía, ciertamente, el primitivo estilo criollo, pero no adquiría otro y ofrecía cada vez más una fisonomía imprecisa e inasible" (p. 18). Semidesintegrada la sociedad tradicional por obra del europeísmo ochentista, los argentinos sintieron no haber ganado los contornos precisos de una nación; la generación dirigente se convirtió en una oligarquía política y cultural. Se había enriquecido en el comercio con los ingleses, había manejado las elecciones para perpetuarse en el poder, a los inmigrantes los había excluido de la vida cívica mediante leyes precisas, para que no perturbaran el orden y, naturalmente, no se había preocupado por asimilarlos. Sus componentes se sentían ajenos a la dura y descarnada lucha por la vida, dice Romero, "se convencieron de que constituían lo que quedaba de puro, de pristino, en el país, y que se merecían todo, a causa de ese mérito, que no era suyo, sino determinado por lo que había cambiado a su alrededor. La sordidez de su propia lucha por la riqueza parecía ocultárseles". — (p. 18).

Esta generación es la que plantea los problemas políticos y sociales del siglo xx. En la política, la exclusión legal de las mayorías de la vida cívica; en la economía, la dependencia casi absoluta del imperio económico inglés y, en general, de los cambios del mercado internacional; en lo social, las reivindicaciones de un proletariado, en su mayor parte inmigrado, confinado en la ciudad por falta de garantías en el campo; en lo cultural, una clara falta de integración entre el criollismo tradicional, las fuertes influencias de la cultura europea y los hábitos y costumbres de los inmigrantes.

En los años anteriores y posteriores al Centenario de la Independencia estos problemas hacen crisis. El descontento político es el que va a dar lugar y en el que va a recibir apoyo el movimiento radical encabezado por Hipólito Yrigoyen, frustrado, según este mismo caudillo, porque llegó el poder por vía democrática y no por revolución, tal como inicialmente lo intentó. En 1916 y en 1928 quiso realizar Yrigoyen un gobierno de clase media, paternalista con los obreros y tendiente a lograr la emancipación económica mediante sucesivas

nacionalizaciones. Todo ello fue detenido e interrumpido por la antigua oligarquía, incrustada aún en el congreso, y que aprovechó la crisis internacional de mercados de 1930 para derrocar al anciano líder y reiterar sus viejos hábitos de sumisión económica al extranjero.

Respecto al obrerismo, Romero hace notar cómo viniendo los inmigrantes de Italia o Inglaterra y otros países donde la lucha social estaba en su punto más alto, les fue fácil introducir las doctrinas socialistas y luego organizar el partido. Importantes exponentes del pensamiento y la práctica socialistas fueron Juan B. Justo, José Ingenieros, Aníbal Ponce, Alfredo L. Palacios, y Lisandro de la Torre. Sin embargo, sólo hasta 1944 el gobierno de Juan Domingo Perón levantó las banderas obreristas y organizó a la clase como tal. Acerca del carácter del gobierno de Perón, que derrocó a la antigua oligarquía, dice Romero: "... tuvieron mucha influencia las condiciones cívicas en que se habían educado las nuevas generaciones, dentro de la opresión del fraude conservador, y acaso también la impotencia de las fuerzas políticas para llegar con un nuevo lenguaje a su espíritu... el hecho innegable era que la nueva sensibilidad predominaba, y respondió al llamado de la demagogia que se hizo pasar por auténtico espíritu revolucionario sin serlo, aunque para poder fingirlo tuvo que satisfacer en parte las necesidades más imperiosas de la masa que aspiraba a conquistar" (p. 152). "Perón había declarado en 1944: 'La República Argentina es producto de la colonización y conquista hispánica, que trajo hermandades a nuestra tierra, en una sola voluntad, la cruz y la espada. Y en los momentos actuales parece que vuelve a formarse esa extraordinaria conjunción de fuerzas espirituales y de poder que representan los dos más grandes atributos de la humanidad: el Evangelio y la Espada.' Tal era, en el fondo, su pensamiento político, y sólo para disimular su contenido profundo fueron inventadas nuevas fórmulas verbales" (p. 144). Con todos sus matices fascistas y toda su simulación, el peronismo perdura porque el de Perón ha sido el único gobierno argentino que se ha declarado abiertamente obrerista.



La definición nacional ha sido problema que ha preocupado a casi todos los intelectuales argentinos, por los motivos expuestos. Desde tradicionalistas como Ricardo Rojas, Juan Agustín García, José María Ramos Mejía que al principio del siglo usaron el positivismo para definir la "restauración nacional", pasando por un filósofo tan importante, como Alejandro Korn, que propugnaba la redacción de unas nuevas Bases tan influyentes como la que en el siglo anterior había elaborado Alberdi, hasta el artepurismo del grupo Martín Fierro aparecido en la década de los veinte, constituido por Jorge Luis Borges, Ricardo Güiraldes, Pablo Rojas Paz, Leopoldo Marechal, y otros muchos, animados también por Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, entonces embajador mexicano en Argentina. Este grupo, dice Romero, impulsado por un espíritu de élite, tenía una cara popular. "Amó la realidad inmediata, la de la ciudad de Buenos Aires, con sus suburbios y sus resabios de ciudad de campo" (125). Con ellos se inició el descubrimiento del folklore citadino, uno de

los más interesantes en América Latina.

Sin duda son de los más atractivos estos capítulos donde se habla de la vida cultural, de las visitas a Argentina de Ortega y Gasset, Waldo Frank, Ernest Anserment, Hermann Keyserling, Einstein; de la aparición de revistas como *Sur*, *Imago Mundi*, de grandes editoriales como Losada —hacia 1946 pasaban de cuatrocientas las editoriales argentinas—; de pensadores como Ezequiel Martínez Estrada, Francisco Romero, H. A. Murena, hasta las generaciones más actuales como Ernesto L. Castro, Alfredo Varela, David Viñas, Beatriz Guido, Alberto Rodríguez, etcétera, que han renovado con nuevos puntos de vista los temas tradicionales.

Así, del libro de Romero se desprende que, habiendo pasado con mucho la mitad del siglo, Argentina presenta el panorama de un gran país, dinámico, culto, pleno de energías, pero en el que ciertas supervivencias ya anacrónicas frustran la plenitud de su desarrollo. A pesar de sus peculiaridades muy arraigadas, es un gran espejo en el que se puede reflejar la América Latina; país de grandes extremos donde más de una revolución ha sido abortada —concretamente en los regímenes Yrigoyen y Perón—, lo nuevo debe liquidar a lo viejo, la sociedad tradicional que ha sido capaz de asimilar los elementos modernos sin conmoverse en lo fundamental, debe desaparecer, liquidándose así ese pesado lastre que no permite abandonar todavía el siglo xix.

ABELARDO VILLEGAS

SOCIOLOGÍA DE LA ESCULTURA MEXICANA

MARIO MONTEFORTE TOLEDO, *Las piedras vivas. Escultura y sociedad en México*, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, 231 pp. de texto y 188 pp. de ilustraciones.

El libro de Monteforte Toledo produce una reacción inmediata: alegría porque al fin los estudiosos de las ciencias sociales se ocupan del arte, lo cual puede ayudar a la rigorización de los análisis deleznable que sufrimos cotidianamente. El capitulado de la obra acentúa el optimismo. Se trata, al parecer, como el subtítulo lo indica, de enfocar la escultura como reflejo de su tiempo. En el índice leemos los nombres de apartados tan interesantes como: "consolidación de la burguesía", "bases de los sentimientos nacionales", "evaluación socioestética de la escultura actual" ... y, en fin, confiamos en enfrentarnos a una de las obras esperadas.

El prefacio aduce varios argumentos para justificar la obra: la escasa bibliografía sobre el tema, la necesidad de superar la "hueca terminología" de los enfoques esteticistas, el carácter determinado por el grupo social dominante que

posee la escultura. Y aquí surge una primera afirmación que nos parece un tanto aventurada, porque: ¿cómo justificar suficiente y necesariamente la elección de la escultura como arte que mejor refleja la sociedad? En todo caso ¿hasta dónde es posible encontrar en la escultura el reflejo social? El empleo de la noción "distancia social", hubiera resuelto estos problemas de

